

Todos estuvieron de acuerdo, una vez terminado, en que todo el asunto era la concepción de un cerebro retorcido, una partida de ajedrez jugada por un loco, en la que las piezas, en lugar de trozos tallados de marfil o ébano, eran seres humanos.

Era curioso que nadie dudara de la autenticidad del «concurso». El público nunca parece haberlo considerado, ni por un momento, como la jugada de un bromista, o incluso un truco publicitario. Jeff Haverty, editor del News, propuso la teoría de que el asunto estaba destinado a ser un astuto y elaborado experimento psicológico que terminaría con la revelación de la identidad del creador y una gran risa para todos.

Tal vez fue la manera glamorosa del anuncio lo que dio al asunto un interés tan generalizado. Blankville (como llamaré a la ciudad sureña de unos 30.000 habitantes en la que ocurrió el asunto) se despertó una mañana de abril para encontrar todos sus árboles, postes telefónicos, casas y escaparates cubiertos con un extraño cartel. Había decenas de ellos, escritos en papel amarillo y en una máquina de escribir corriente. El cartel decía:

«Durante este día 13 de abril, tres monedas de un centavo llegarán a los bolsillos de esta ciudad. En cada centavo habrá una marca bien definida. Una es un cuadrado, otra es un círculo y la otra es una cruz. Estos tres centavos cambiarán de manos con frecuencia, como sucede con todas las monedas, y el séptimo día después de este anuncio (21 de abril), el poseedor de cada centavo marcado recibirá un regalo.

«Al primero: 100.000 dólares en efectivo.

«Al segundo: Un viaje alrededor del mundo.

«Al tercero: la muerte.

«La respuesta a este enigma está en las marcas de las tres monedas: círculo, cuadrado y cruz. ¿Cuál de ellas simboliza la riqueza? ¿Cuál el viaje? ¿Cuál la muerte? La respuesta no es obvia.

«Al que encuentre y obtenga el primer centavo, se le enviarán sin demora los 100.000 dólares. Al que tenga el segundo se le regalará un boleto de primera clase para el primer vapor de gira mundial que zarpe. Al poseedor de la tercera moneda marcada se le dará muerte. Si tienes miedo de que tu centavo sea el tercero, regálalo, ¡pero puede ser el primero o el segundo!

«Muestre su centavo marcado al editor del News el 21 de abril, indicando su nombre y dirección. No sabrá nada de este concurso hasta que lea uno de estos carteles. Se le solicita que publique los nombres de los tres poseedores de las monedas del 21 de abril, con la marca del centavo que contiene cada una.

«No servirá de nada marcar una moneda propia, ya que las fechas de las monedas verdaderas se enviarán al editor Haverty.»

Al mediodía todos habían leído el aviso y la ciudad hervía de emoción. Los empleados comenzaron a examinar el contenido de las cajas registradora. Las manos se metieron en bolsillos y carteras. Las tiendas y los bancos se vieron inundados de clientes que querían cambiar plata por cobre.

Jeff Haverty fue el blanco de una avalancha de preguntas, y su edición vespertina apareció con un extenso editorial que incorporaba todo lo que sabía sobre el misterio, que era exactamente nada.

Esa mañana había llegado una nota con el resto de su correo, una nota sin firmar y escrita a máquina en el mismo papel amarillo, en un sobre sencillo, sellado con el matasellos de esa ciudad. Decía simplemente: «Círculo: 1920. Cuadrado: 1909. Cruz: 1928. Por favor, no revele estas fechas hasta después del 21 de abril.»

Haverty cumplió con la solicitud y exaltó la historia al máximo.

El primer centavo lo encontró un niño pequeño en la calla. Rápidamente se lo llevó a su padre. Este, a su vez, se lo entregó a su barbero, quien se lo dio en el vuelto a un cliente antes de notar el profundo corte transversal en la superficie de la moneda.

El patrón se lo llevó a su mujer, quien inmediatamente pagó con él al tendero. «¡Es una posibilidad demasiado remota, cariño!», silenció este último las protestas de su esposa. «No me gusta la idea de esa amenaza de muerte en el aviso... y éste ciertamente debe ser el tercer centavo. ¿Qué más podría representar esa pequeña cruz? Cruz significa tumba. ¿No lo ves?»

Y cuando esa explicación se difundió, el centavo marcado con una cruz comenzó a cambiar de manos con creciente rapidez.

Los otros dos centavos surgieron antes del anochecer: uno marcado con un pequeño cuadrado perfecto, el otro con un círculo limpio.

El centavo marcado con un cuadrado fue descubierto en una máquina tragamonedas por el propietario del Busy Bee Café. «No había manera de que hubiera llegado allí», informó, desconcertado y un poco asustado. Sólo cuatro personas, todos antiguos clientes, habían estado en el café ese día. Y ninguno había estado cerca de la máquina

tragamonedas, situada en la parte trasera del lugar y llena de chicle rancio que, a simple vista, no valía ni un centavo. Además, el propietario había examinado la cosa la noche anterior en busca de una moneda casual y la había dejado vacía cuando la cerró; sin embargo, el centavo marcado con un cuadrado estaba en la máquina tragamonedas a la hora de cerrar el 15 de abril.

Había contemplado la moneda durante mucho tiempo antes de entregársela a una solterona anciana.

—No vale la pena —murmuró para sí mismo—. Tengo un restaurante que me hace ganar la vida, y no tengo ninguna prisa por morir ante la vaga posibilidad de ganar esos cien mil o ese viaje. ¡No, señor!

La solterona echó un vistazo a la moneda marcada, emitió un breve chillido parecido al de un ratón y la arrojó a la alcantarilla como si fuera una tarántula.

—¡Mi tierra! —tembló—. ¡No quiero esa cosa en mi bolsillo!

El centavo marcado con un círculo fue notado por primera vez en una pila de monedas por un cajero del Farmer's Trust.

—Recibimos monedas marcadas de vez en cuando —dijo—. No noté esta en particular; puede que haya estado aquí durante días.

Se la guardó alegremente en el bolsillo, pero a la mañana siguiente descubrió, con una punzada de consternación, que se la había pasado a alguien sin darse cuenta.

—¡Quería quedármela! —suspiró—. ¡Para bien o para mal!

Miró con furia los fajos de dinero de otra persona que tenía delante y se preguntó furtivamente cuántos cajeros se quedaron alguna vez con bienes robados.

Un vendedor de frutas había recibido el centavo. Lo miró dubitativamente.

—Tal vez me traigas fortuna, ¿eh? —se lo mostró a su gorda y grasienta esposa, quien le hizo la señal de los cuernos contra el mal de ojo.

—¡Tíralo! —ordenó estridentemente. ¡Trae mala suerte!

Su cónyuge se encogió de hombros y lanzó la moneda marcada con un círculo al otro lado de la calle. Un niño harapiento se abalanzó sobre ella y se alejó corriendo para comprar regaliz. La moneda marcada con un círculo cambió de manos una vez más: aferrada por dedos avariciosos, contemplada por ojos hartos de escenas familiares, abandonada nuevamente por el poder del miedo.

Aquellos que tuvieron brevemente posesión de las tres monedas se sintieron preocupados por el tira y afloja de consejos contradictorios.

—¡Quédatelo! —instaban algunos—. ¡Piensa! ¡Puede significar un viaje alrededor del mundo! ¡París! ¡Londres! Oh, ¿por qué no pude haberlo conseguido?

—¡Regálaselo a alguien! —advirtieron otros—. Tal vez sea el tercer centavo, no se puede saber. ¡Tal vez los símbolos no significan lo que parecen, y el cuadrado es el centavo de la muerte! Si fuera tú, lo tiraría a la basura.

—¡No, no! —gritaron otros—. ¡Guárdalo!. Puede que ganes los cien mil dólares. ¡Cien mil dólares! ¡En estos tiempos! ¡Vaya, amigo, serías igual que un millonario!

El significado de los tres símbolos estaba en boca de todos y ninguno estaba de acuerdo con la solución del enigma de su vecino.

—Es tan claro como la nariz de mi cara —declararía un hombre—. El círculo representa el globo terráqueo: el centavo del viaje.

—No, no. La cruz significa eso. Cruzar los mares, ¿no lo entiendes? Una especie de juego de palabras. El círculo significa dinero, tiene forma de moneda, ¿entiendes?

—¿Y el cuadrado?

—Una tumba. Un cuadrado para un ataúd, ¿ves? Muerte. Es bastante simple. ¡Ojalá pudiera conseguir ese círculo!

Pero esa noche soñó con puertos extranjeros, con gente parloteando con una lengua quebradiza, con aletas de barracuda cortando la superficie de aguas de un azul profundo y con las ruinas de ciudades antiguas.

Un trabajador negro recogió el centavo a la mañana siguiente y se pasó el día pensando en él, soñando con Harlem, antes de sucumbir finalmente al miedo que lo corroía. Y la moneda marcada con un cuadrado volvió a cambiar de manos.

—¡Estás loco! La cruz es para la muerte, todo el mundo lo dice. Y créeme, ¡todo el mundo se deshace de ella tan pronto como la recibe! Puede que sea una broma de algún tipo... no representa ningún peligro, pero no me gustaría ser el dueño de eso. ¡Un centavo marcado con una cruz cuando llegue el 21 de abril! Lo guardaría y esperaría hasta que los otros dos hubieran recibido lo que les correspondía. Luego, si el mío resultara ser el equivocado, ¡lo tiraría! —dijo un hombre de manera importante.

—Pero no pagará hasta que haya contabilizado los tres centavos —respondió otro—. Y

tal vez la oferta no sea válida después del 21 de abril. Usted estaría perdiendo los cien mil o una gira mundial solo porque tiene miedo.

—Hay mucho en juego, hombre —murmuró otro—. Pero, francamente, no me gustaría correr el riesgo.

Todos designaban al desconocido autor del concurso como «Él», aunque, por supuesto, no había más pistas sobre su sexo que sobre su identidad.

—Debe ser rico —decían algunos—, para ofrecer premios tan caros.

—¡Y loco! —estallaron otros—. Amenazar con matar... ¡Nunca se saldrá con la suya!

—Pero fue inteligente —admitieron muchos—, pensó en todo el asunto. Conoce la naturaleza humana, sea quien sea. Me inclino a estar de acuerdo con Haverty: es una especie de experimento psicológico. Está tratando de ver si el deseo de viajar o la codicia por el dinero son más fuertes que el miedo a la muerte.

—¿Crees que piensa pagar?

—¡Eso aún está por verse!

Al sexto día, Blankville había alcanzado un grado de excitación que casi llegaba a la histeria. Nadie podría dejar de pensar en el resultado de la extraña prueba del día siguiente.

Se sabía que el repartidor de una tienda de comestibles tenía la moneda marcada con un cuadrado, porque había estado alardeando de su indiferencia sobre si el cuadrado representaba o no una tumba abierta. Exhibió el centavo abiertamente, haciendo bromas sobre lo que pensaba hacer con sus cien mil dólares, pero al llegar el último día perdió el temple. Al ver a una mendiga ciega acurrucada en su rincón favorito, entre dos tiendas, pasó cerca de ella y subrepticamente dejó caer el centavo en su caja de lápices.

—¡Lo tenía! —le gritó a un amigo después de llegar a la tienda de comestibles—. ¡Lo tenía aquí en mi bolsillo anoche y ya no está! Mira, tengo un agujero en la maldita cosa: ¡se debe haber caído!

También se supo quién tenía el centavo marcado con un círculo. Un joven dependiente de la tienda de refrescos, con esa especie de sonrisa dispuesta que a los clientes les gusta ver frente a un mostrador de mármol. Descubrió la moneda y la sacó de la caja registradora, exultante por su buena suerte.

—Bud Skinner tiene el centavo del círculo —se decían unos a otros, oscilando entre la

ansiedad y la alegría—. Espero que el chico haga esa gira mundial. Parece disfrutar tanto de la vida; ¡Es un pecado tener que quedarse atrapado en este pueblo!

Finalmente se supo quién sostenía el centavo marcado con una cruz.

—Carlton... ¡pobre diablo! —murmuraba la gente—: La muerte sería una bendición para él. Me sorprende que no se haya pegado un tiro antes de esto. Supongo que simplemente no tiene el valor.

El hombre del centavo con la cruz sonrió amargamente.

—¡Espero que este maldito símbolo signifique lo que todos creen que significa! —le confió a un amigo.

Por fin llegó el día tan esperado. Una multitud se formó en la calle frente a la oficina del periódico para ver a los tres poseedores de las tres monedas marcadas ante Haverty, para que este publicara sus nombres. El editor se reunió con el trío en la acera fuera del edificio, para que todos pudieran verlos.

La edición nocturna publicó las fotografías de las tres personas, con el nombre, la dirección y la marca en el centavo de cada una debajo de cada imagen. Blankville leyó y contuvo la respiración.

La mañana del 22 de abril, la anciana mendiga ciega estaba sentada en su lugar de costumbre, reflexionando sobre la emoción del día anterior, cuando varias personas la habían conducido (lo supo por el olor a pescado del mercado de enfrente) hasta el oficina del periódico. Allí, alguien le había preguntado su nombre y muchas otras cosas que la habían desconcertado hasta casi romper a llorar.

—¡Déjenme sola! —había gemido—. Sólo pido comida suficiente para no morir de hambre y un lugar para dormir. ¿Por qué me empujan así? ¿Por qué me gritan? ¡Déjenme volver a mi rincón! No me gusta toda esta confusión que no puedo ver... ¡Me asusta!

Luego le habían contado algo sobre un centavo marcado que habían encontrado en su caja de limosnas, y otras cosas sobre una gran suma de dinero y algún peligro inminente que la amenazaba. Se alegró cuando la llevaron de regreso a su rincón entre las tiendas.

Ahora, mientras estaba sentada en su lugar habitual, asintiendo cómodamente y tarareando en voz baja, un papel revoloteó hasta su regazo. Palpó, supo que era un sobre y llamó a un transeúnte a su lado.

—Ábrame esto, ¿quiere? —preguntó—. ¿Es una carta? Léala para mí.

El espectador abrió el sobre y frunció el ceño.

—Es una nota —dijo—. Mecnografiada y sin firma. Diablos, simplemente dice: «Los cuatro rincones de la tierra son exactamente iguales». ¡Mire! Vaya. Lo lamento, olvidé que usted es... ¡Es un billete de barco para una gira mundial! Mire, ¿no tenía uno de los centavos marcados?

La ciega asintió, adormecida.

—Sí, con el cuadrado, dijeron —ella suspiró débilmente—. Tenía la esperanza de recibir el dinero, o... lo otro, para no tener que volver a mendigar.

—Bueno, aquí tiene su billete —el espectador se lo tendió con incertidumbre—. ¿No lo desea? —ya que la mendiga no hizo ningún movimiento para tomarlo.

—No —espetó la ciega—. ¿De qué me serviría?

Agarró el billete con repentina rabia y lo rompió en pedazos.

Casi a la misma hora, Kenneth Carlton recibía del cartero un grueso sobre. Frunció el ceño mientras entrecerraba los ojos para ver el matasellos local. Su amigo, Evans, estaba a su lado, más pálido que Carlton.

—¡Ábrelo, ábrelo! —instó—. Léelo, no, no lo abras, Ken. ¡Tengo miedo! Después de todo... es un camino terrible a seguir. Sin saber de dónde viene el golpe, y...

Carlton emitió una risa macabra y abrió el pesado sobre.

—Es lo mejor que me ha sucedido en años, Jim. ¡Me alegro! Me alegro, Jim, ¿me oyes? Será rápido, e indoloro... ¿Qué es esto? —se preguntó—. ¿Un tratado sobre cómo volarte la cabeza?

Sacudió el contenido de la carta sobre una mesa y luego, después de un momento, comenzó a reír horriblemente.

Su amigo se quedó mirando el fajo de billetes crujientes, todos de mayor denominación.

—¡El dinero! ¡Los cien mil, Ken! No puedo creerlo...

Se interrumpió para tomar un trozo de papel amarillo entre los billetes.

—«La riqueza es la mayor cruz que un hombre puede soportar» —leyó en voz alta las

palabras escritas a máquina—. No tiene sentido... ¿riqueza? Entonces... ¿la cruz significa riqueza? No lo entiendo.

La risa de Carlton se quebró.

—Sea quien sea, bonita ironía, Jim: la riqueza es una carga en lugar de la bendición que la mayoría de la gente considera. Supongo que tiene razón en eso. Pero me pregunto si conoce la parte realmente irónica. Cien mil dólares para un hombre con... cáncer. Bueno, Jim, tengo un mes o menos para gastarlo... ¡un maldito mes más para sufrir antes de que todo termine!

Su terrible risa volvió a surgir, hasta que su amigo tuvo que taparse los oídos con las manos para acallar el sonido.

Pero la parte más extraña de todo el asunto fue la muerte de Bud Skinner. Justo después del mediodía encontró un pequeño paquete dirigido a él en el mostrador trasero de la farmacia. Con entusiasmo arrancó el envoltorio de papel marrón, mientras una docena de amigos se agolpaban a su alrededor.

Lo que encontró fue una caja de plata curiosamente labrada. Presionó el pestillo con dedos temblorosos y abrió la tapa. Un instante después, su rostro adoptó una expresión extraña y se deslizó silenciosamente hasta el suelo de la farmacia.

La investigación policial que siguió no encontró nada sobrenatural, excepto que el joven Skinner había sido envenenado con crotalina (veneno de serpiente) administrada mediante un pinchazo en el pulgar cuando presionaba el cierre de la pequeña caja plateada. Esto y la nota mecanografiada en la caja que de otro modo estaría vacía:

«La vida termina donde comenzó, en ninguna parte.»

Esto fue todo lo que se encontró como explicación de la muerte del empleado. Tampoco salió a la luz nada más sobre la misteriosa contienda de los tres centavos marcados. Centavos que, probablemente, todavía estén en circulación en algún lugar de los Estados Unidos.